



DIARIO DE UN
PERFECTO ABANDONADO

Carlos Salem

DIARIO DE UN
PERFECTO ABANDONADO



Primera edición: noviembre de 2020
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Carlos Salem
© Foto de solapa: javierjimeno.com

ISBN: 978-84-18097-70-6
ISBN digital: 978-84-18097-72-0
Depósito legal: M-1747-2020

Editorial Adarve
C/ Ros de Olano 5, local
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a Conchín Para, que le abrió las puertas de su
revista a un calvo que se parecía demasiado a Nicolás.
Para Susana, primera lectora de cada uno de estos capítulos.
Para Gerardo Amechazurra, que nos puso cara a
Sotanovsky y a mí.
Y para Noelia, cómplice indispensable de esos tiempos
y de todos.*

Índice

| | |
|---------------------------------------|-----|
| NOTA | 11 |
| Tiempo de cambios..... | 15 |
| Los grandísimos hijos de Freud | 19 |
| La culpa es un sofá sin muelles | 27 |
| ¡Robinson, cómo te envidio!..... | 33 |
| Quien tiene un amigo..... | 39 |
| Coleccióname..... | 43 |
| Sexo Duro..... | 49 |
| Más vale prevenir..... | 55 |
| De cabeza..... | 61 |
| A un paso de la fama..... | 67 |
| Sexo sin fronteras | 73 |
| Regálame otra vez..... | 79 |
| El gusano de los celos..... | 85 |
| Gilipollecés | 91 |
| Un tórrido verano..... | 97 |
| Sexo, medicinas y cubitos..... | 101 |
| Crucero de placer | 105 |
| Regreso a casa | 109 |
| Menuda sorpresa..... | 115 |
| Carne de diván | 119 |
| Reunión | 125 |
| Cuando vuelve el amor (I)..... | 129 |
| Cuando vuelve el amor (II) | 133 |
| Cuando vuelve el amor (III) | 139 |
| Cuando vuelve el amor (IV)..... | 143 |
| El calor de la familia..... | 149 |
| El espíritu del Año Nuevo | 155 |
| El arte de regalar..... | 159 |
| Cuando vuelve el amor (y V) | 163 |

NOTA

Desde que era un niño, supe que el destino de todo hombre era ser abandonado por una mujer alguna vez —si era cierto que me olvidaste en el supermercado, ¿por qué tuvieron que amenazarte con la policía para que volvieras a buscarme, mamá?—.

La intuición se confirmó con los años. De hecho, he leído en fuentes informadas y fiables —un foro de Internet—, que el porcentaje de hombres que se suicida por rupturas sentimentales triplica al de mujeres que toman ese mismo camino. ¿Será que ellas saben algo que ignoramos, o que los que lo sabemos somos nosotros y por eso saltamos?

Pero no es objeto de este libro intentar dilucidar semejantes dilemas, sino ayudar a los hombres a estar preparados frente al abandono.

En esta era en que los llamados libros de autoayuda —ignoro por qué en las listas de ventas los ponen en la categoría de No ficción— reinan en el mercado, los textos sobre el tema que he podido leer de a trozos en las librerías simulando que buscaba un regalo para un amigo en desgracia no me parecieron útiles.

De modo que tal era el objeto de este libro: hablar claro, ofrecer soluciones y todo el bagaje de mi amplia experiencia en la materia.

Como en la editorial me informaron que un libro compuesto por cuatro folios no podía ser considerado como tal, me replanteé la obra.

El libro debía exponer una experiencia verdaderamente patética y a la vez risible, que nos ayudara a mondarnos de nuestras propias miserias.

Y pensé en Sotanovsky.

Conozco a Nicolás Sotanovsky desde hace años. De hecho, en más de una ocasión, personas con mala intención, que nunca faltan, han llegado a deslizar aquí y allí el infundio de que, en realidad, Nicolás Sotanovsky es un pseudónimo que utilizo para firmar escritos vergonzantes, tanto por su calidad como por su contenido.

Eso es falso.

Lo que ocurre es que el tal Sotanovsky, sujeto ridículo donde los haya, es digno de lástima. Y como no soy inmune a ese sentimiento, alguna vez he intentado ayudarlo en sus ambiciones literarias, orientándolo hacia la charcutería o los cursos de macramé. Pero él, inasible al desaliento, insiste una y otra vez en intentarlo, con resultados por todos desconocidos, afortunadamente.

No así para mí, que recibo periódicamente en mi correo electrónico relatos descabellados, manuales inútiles, obras de teatro aptas para ser representadas solo por personas con cinco brazos, y despropósitos parecidos.

Recordé que en una ocasión me envió por error un diario que comenzó a redactar cuando su novia lo abandonó. Él estaba convencido de que lo que había llegado a mi correo electrónico era una selección de relatos infantiles protagonizados por un pez espada con problemas de identidad, que se cree un corredor de maratón. Por suerte no tuve que leerlos, aunque en su mensaje me comunicaba que todos los cuentos terminaban con la exclamación «¡AAHHJJJJ!».

Consultado el diario, me pareció interesante incluir algunos fragmentos, tras asegurar a Sotanovsky que dejaría de ser inédito, y registrar el texto a mi nombre, para el caso de que se recogieran beneficios, ya que no me mueve la ambición material, pero a nadie le amarga un dulce.

Y así llegamos a este libro.

Respecto a las reglas y consejos para abandonados, declino toda responsabilidad y, por las dudas, no las ponga en práctica si tiene que conducir o manejar maquinaria pesada.

Pero no cabe duda de que tras leer el diario de Sotnovsky, cualquier abandonado, hasta el más memo, se sentirá, en comparación con él, como un superhombre.

De nada.

Carlos Salem

Tiempo de cambios

1 de febrero

Querido Diario:

Nunca olvidaré el día en que Claudia me dejó. Conservo el momento fresco en mi memoria, lo que indica la importancia que tiene en mi vida.

Y el hecho de haya ocurrido este mediodía no resta intensidad a los sentimientos.

La lluvia caía con fuerza.

Un instante antes de que ocurriera, supe que algo iba mal, y una garra helada se apropió de mi cuerpo.

Recuerdo que reflexioné sobre la fragilidad del ser humano, las fuerzas del azar y la manía de Claudia de abrir el grifo de la cocina en el exacto momento en que me estaba duchando.

La puerta se abrió al tiempo que yo asomaba la cabeza tras la cortina de la ducha y, cuando me quité el jabón de los ojos, me encontré con el espectáculo inquietante de Claudia, completamente desnuda.

Comenzó a gemir, a jadear con desesperación, mientras movía las caderas sinuosas y hacía girar los ojos en blanco. Debo admitir que la visión me hizo olvidar el estado próximo a la hipotermia en que me hallaba, y que sentí cierto orgullo viril al ver que la cortina de plástico se abultaba considerablemente delante de mí.

Claudia también lo advirtió, e interrumpió sus gemidos para decir, con tono admirado:

—Puede que te engañes a ti mismo, Nicolás, pero no a mí. Eso es el cepillo para la espalda.

Comprobar que estaba en lo cierto me provocó un gran alivio: creía que había perdido toda sensibilidad en mis partes íntimas. Y de qué sirve tener algo que abulte tres palmos tras la cortina de baño si no sientes nada.

Me contuve de compartir esta reflexión con Claudia, porque intuí que su respuesta no me agradaría. Además, ella había vuelto a sus contorsiones y gemidos, que iban en aumento de ritmo e intensidad.

Me alegré, me apetecía una buena sesión de sexo a mediodía y, además, esa proximidad representaba un avance en nuestra relación. Durante los últimos tres meses solo habíamos hecho al amor por teléfono, incluso cuando ambos estábamos en la misma casa.

Pero algo iba a cambiar y ya lo había sospechado cuando, la noche anterior, mientras yo rozaba el éxtasis encerrado en el trastero (el piso es lo que yo llamaría «ecológico», ya que solo tiene medio ambiente), algo en la excitación de Claudia al teléfono en el sofá del salón, me hizo preguntar:

—¿Quieres que vaya?

—Déjalo —respondió con voz entrecortada—. Además, no notaría la diferencia.

Como la comunicación se cortó en ese instante, volví a marcar en la oscuridad del trastero y traté de demostrarle a Claudia que puedo ser tan apasionado como cualquiera. Me avergüenzo de las cosas que dije e hice por teléfono, mientras en el auricular los gemidos crecían, se elevaban, alcanzaban la condición de rugido, hasta estallar en un éxtasis festivo como no recordaba desde el inicio de nuestra relación. Mientras me recuperaba de la impresión, oí la voz agradecida que me decía:

—Gracias. Ha sido el mejor regalo de cumpleaños de mi vida. Y mira que ya he pasado setenta y cinco cumpleaños.

Comprendí aterrado que en la confusión había marcado el número de teléfono de su tía Eduviges, que además se quitaba edad, porque todos sabíamos que había superado hacía tiempo los ochenta.

Por suerte —me dije—, la venerable y soltera anciana no sabía quién la había llamado.

—No entiendo por qué mi sobrina dice que eres un negado en la cama, Nicolás —agregó—. Y no te preocupes, guardaré el secreto... si me vuelves a llamar todas las noches.

Pero eso era un recuerdo nebuloso frente a una Claudia desnuda y jadeante, a metro y medio de distancia.

Sonreí feliz.

Después de un periodo de incertidumbre, nuestra relación iba a más.

Y de paso, me ahorraría una pasta en teléfono.

Se sacudió en un espasmo final, recuperó el aliento y, mirándome con ojos enamorados, dijo:

—Es la última vez que finjo un orgasmo contigo, Nicolás.

—Me alegro, cariño, de que hayas decidido dejar de fingir —celebré.

—Sí. Desde ahora, fingiré los orgasmos con otros —respondió.

Y se fue.

Y yo me quedé en la ducha, con un terrible dolor en el corazón y una tremenda erección en el cepillo para la espalda.

Ignoro cuánto tiempo pasó, pero cuando sonó el teléfono, corrí al salón convencido de que era Claudia, que había comprobado que no podía vivir sin mí:

—Oye, que, para esta noche, si no te importa, he invitado a unas amigas del centro de jubilados. ¡Ah! Y no llames antes de las doce, que a las diez ponen una peli con el Brad Pitt y queremos verla, para ponernos a tono...

—Sí, tía Eduviges —respondí. Y mientras colgaba pensé que, ahora que Claudia me había abandonado, técnicamente, lo nuestro ya no era incesto.